

ITALO LOPEZ VALLECILLOS, INTELLECTUAL COMPROMETIDO

Italo López Vallecillos murió súbitamente en México el día 9 de febrero pasado. Murió en el exilio, al que la ola de la violencia le había arrojado el mes de septiembre de 1983. Los terroristas de la derecha le fueron presionando hasta poner una bomba en su casa, por ser entonces uno de los pocos paladines en El Salvador que sostenía la necesidad imperiosa del diálogo y de la negociación como salida a la guerra y más en general al conflicto social del país. En vísperas de su muerte, de paso camino de México, recaló unos pocos días en San Salvador, a donde deseaba regresar cuanto antes definitivamente para contribuir desde dentro a la solución del conflicto. Y esto no tanto como político profesional cuanto como intelectual comprometido, aspecto éste que le definía más que cualquier otro de su rica personalidad o que, al menos, unificaba muchas de sus otras facetas intelectuales y humanas. Poner al servicio del país especialmente desde y para las mayorías oprimidas toda su capacidad intelectual por medios sobre todo intelectuales y universitarios, es lo que puede ser la definición de este intelectual comprometido.

Su vocación de intelectual era apremiante. Poeta, ensayista, historiador, analista político, creador de cauces e instituciones culturales... todo esto era Italo. La poesía más bien intimista era su plegaria y el descubrimiento de su interior perplejo; la prosa era su bisturí y a veces su látigo frente a una situación, que su pasión por la justicia no le permitía tolerar. Pero también era apremiante su compromiso. El ser intelectual comprometido -él habló de la generación comprometida- supone un grado máximo de seriedad intelectual pero al mismo tiempo un grado máximo de atención al gran pecado de la injusticia del mundo éste en que vivimos, contra el que hay que combatir por dentro y por fue-



ra del corazón humano. Este compromiso intelectual es el que le costó el exilio y por el que en definitiva dio la vida, pues a eso había viajado a México, a encontrar nuevas vías y nuevos modos de acción para transformar la realidad, una vez analizada y sentida a fondo.

No es ésta ocasión de analizar su obra intelectual escrita en prosa y en verso. La Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" reeditará pronto su libro El periodismo en El Salvador, publicado anteriormente por la Universidad de El Salvador (1964) y editará su poesía inédita. No tuvo él tiempo para poner al día éstas y otras ediciones suyas, porque su compromiso político y también su generosidad en dar paso a ediciones de otros no se lo permitieron. Baste con decir que su aproximación a la realidad era la de un intelectual, que desea comprender, sentir y después incidir de la manera más racional y ética posible sobre esa realidad. No era un puro intelectual que buscara la cultura o la belleza para quedarse en ellos mismos, sino que procuraba juntar lo que viene siendo problema e intento nunca acabado de lograr desde los griegos hasta nuestros días: el aunar un bios theoretikós con un bios politikós, una vida teórica con una vida política, que no deben ir sobreañadidas ni paralelas sino mutuamente implicadas y en permanente codeterminación.

Esta vocación de intelectual la realizó en gran parte como hombre universitario, primero en la Universidad de El Salvador y después en la UCA durante casi quince años. Como universitario quizás su aporte más sobresaliente es su labor editorial tanto en las dos universidades de El Salvador como en el CSUCA. En este sentido fue un extraordinario promotor de la cultura. Con mirada amplia iba creando colecciones, llenándolas con nuevos títulos, enriqueciéndo-



las con lo que ya en el pasado se había publicado. Si la UCA se enorgullece hoy de mantener en el país la editorial más viva, fuerte y diferenciada, cuando casi todas las otras fuentes editoriales se han agotado, se debe en gran parte al impulso y a la escuela que él dejó. Como universitario también se le debe reconocer lo mucho que contribuyó a los análisis permanentes que de la realidad nacional ha hecho la UCA. Basta con ojear los volúmenes de ECA, a cuyo Consejo de Redacción perteneció desde 1979 a 1983 para ver sus agudas y continuas contribuciones al desentrañamiento sereno pero firme de los años más tene brosos y difíciles de la historia de El Salvador. Como universitario asimismo es de reconocerle la enorme honestidad de no subordinar nunca la autonomía uni versitaria a ninguna instancia y organización ajena a la Universidad misma, tanto más de destacar cuanto que le tocó vivir tiempos en que muchos perdieron la cabeza y quemaron instancias independientes en una hoguera, que no iba a ser la definitiva, como entonces se pretendía. Sabía muy bien cuál era su obli gación como hombre de partido y cuál era su obligación como hombre de universi dad. No falló ni a una ni a otra. En la UCA ha sido uno de los mejores en en tender cuál es la misión política específicamente universitaria de una univer- sidad, incluso en situaciones tan radicales como las que le tocó vivir.

No por ello dejó de ser un hombre de partido, porque podía compaginar una cosa con otra. Predominaba, sin embargo en él, lo universitario sobre lo político, no sólo por necesidad sino por vocación. Cuando fue presionado a ocupar puestos importante en la primera Junta, tras el golpe de 1979, no lo aceptó a pesar de las presiones a que fue sometido. Y no lo hizo por dos razones: una porque desde el primer momento se percató de que la presencia de ciertos mili tares en el poder hacía imposible la consecución de lo que positivamente se pu





diera haber sacado del movimiento de la juventud militar, y otra porque juzgó que desde la UCA podía hacer una más profunda labor política, atendido a las posibilidades y a los límites que son intrínsecos a una buena y bien orientada institución universitaria. Su pluma vibrante se hizo sentir en los famosos comentarios de la radio YSAX, valiente y crítica entonces al máximo, muchos de los cuales están recogidos en el libro que él todavía editó El Salvador: Entre el terror y la esperanza (1982), uno de los textos donde mejor se puede seguir lo que fue la fragua del estallido en el año 1979, que no conviene olvidar hoy, porque es todavía un pasado presente, algo que ha sido y que sigue estando. No obstante, esta no presencia en el gobierno y ya desde una clara oposición trabajó con el MNR y resistió en ese trabajo dentro del país hasta tensiones casi inaguantables. Nunca dogmático, siempre crítico, pero por otra parte operativo y abierto, como hombre de partido fue también Italo un personaje importante en el país de estos últimos años.

Todo ello radicado en una gran humanidad. Humanidad que se reflejaba en su vida familiar donde dejó la huella profunda en sus hijos y en su esposa de una gran preocupación por los más necesitados, pero también de una firme vocación intelectual, sabedor que El Salvador no está para perder ninguno de sus talentos, ni siquiera en este momento de dura refriega. El reto está en el presente también pero sobre todo está en el futuro. Por eso, pensaba que a las generaciones en formación hay que exigirles el mejor uso de su talento y la mejor de las preparaciones, no principalmente para gusto personal sino para el mejoramiento de los demás. Humanidad que se reflejaba en quienes se le acercaban y que pronto se convertían en sus amigos: hospitalario, acogedor, generoso, aunque siempre con su punta de ironía crítica.



Esta gran humanidad le llevó siempre más allá de los límites en que cada momento le imponía la realidad. No se quedaba con lo pasado. Se abría a lo nuevo. En esta marcha abierta es interesante la profunda dimensión religiosa que su vida fue alcanzando. Admirador de Mons. Romero, sacudido por lo que fue la vida y la muerte del arzobispo mártir, observador limpio de lo que la fe de Monseñor sirvió para consuelo y voz de las masas, Italo retomó sus raíces religiosas. El contacto también con la teología de la liberación, le llevó a una relectura de sus propias convicciones anteriores, superando con ello las falsas antinomias de fe y cultura, planteamientos cristianos y compromiso revolucionario. También del lado religioso venían a consultarle porque aun los hombres de Iglesia conocían su honestidad, su generosidad y su comprensión cabal, prudente y matizada, de la realidad nacional. Italo se movía entre un idealismo de lo deseable, un realismo de lo posible y un pragmatismo de lo oportuno. La síntesis resultaba y por ello sus posiciones y sus actitudes pudieran servir a tantos.

Estas y otras cosas más deben decirse de este intelectual comprometido que fue Italo López Vallecillos. Afortunadamente sus restos han podido regresar a donde había nacido, de donde había salido exiliado dos veces y en donde hubiera querido seguir dando su vida para que los demás la tuvieran en mayor abundancia. El desafío que deja a los intelectuales comprometidos es el de que sus restos no sean pura ceniza sino semilla de más vida, ahora que la muerte sigue siendo la bandera de la nación.

